

LOS SUCEOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado de Correos 347.

Matrimonio entre príncipes



El príncipe Boris y la princesa Isabel

No siempre los príncipes han de casarse por razones de Estado.

Alguna que otra vez el amor, sólo el amor les une, y por lo mismo que esto sea raro, damos los retratos de dos príncipes europeos que van a contraer matrimonio por estar enamorados verdaderamente uno de otro.

Grandes han sido las dificultades

que ha habido que vencer; pero por eso es más simpático el proyecto del futuro enlace.

Es la novia la bella princesa Isabel de Rumanía, y el novio el príncipe Boris, heredero del trono de Bulgaria.

Los amores comenzaron de la manera más romántica.

Según cuenta la historia, el joven príncipe de Bulgaria vió el retrato de la princesa Isabel, y quedó prendado de sus encantos. Súpolo la linda princesa, y también se enamoró de Boris; pero por ciertas razones políticas no podía arreglarse la boda, hasta que el Emperador de Austria Francisco José, que siempre ha simpatizado con los asuntos de amor, intervino en ello y arregló el casamiento.

El príncipe Boris y la princesa Isabel nacieron en el mismo año.

La primera es la hija mayor del príncipe heredero de Rumanía.

Testamento extravagante

La excentricidad no es único patrimonio de los ingleses.

Hay italianos que se las traen. Verbigracia:

Nicola Cappelli ha muerto en Pigioglio (Italia), y ha demostrado ser un raro al abrirse su testamento.

En él ordenaba que antes de darle tierra, echaran un litro de vino sobre su cadáver, y que repartieran dos hectolitros del mismo líquido entre los asistentes al funeral, con la condición de que éstos echaran un ballicillo alrededor de su tumba.

Para tener opción al vino, había que hacer, por lo menos, una pirueta.

La soberana de Luxemburgo



S. M. la gran duquesa de Luxemburgo

Damos la fotografía de la encantadora gran duquesa de Luxemburgo, que acaba de ser coronada, ó, mejor dicho, que acaba de prestar solemne juramento de la Constitución ante la Cámara de diputados de su país.

Su Majestad María Adelaida es la soberana más joven de todos los países de Europa.

CRÍTICA EXACTA

Dryden, el célebre crítico y escritor inglés, del siglo XVII, autor de numerosas obras entre las que descuellan "La conquista de Granada por los españoles", "La muerte de Lord Hastings" y "El fraile español", era tan pobre, que su pobreza se citaba en Inglaterra como entre nosotros el hambre de los maestros de escuela.

Una noche se hallaba en compañía del duque de Buckingham, Lord Dorset, y otros varios nobles aficionados a la literatura.

Se hablaba de las letras, de la elegancia del estilo y el arte de bien componer.

Después de un largo debate, convinieron los allí presentes en escribir unas cuantas cuartillas sobre un asunto cualquiera, y, una vez terminadas,

someterlas a la crítica de Dryden, quien diría cuál de los trozos escritos era el más hermoso, comprometiéndose todos a aceptar el fallo del eminente crítico.

Todos se pusieron a escribir con ardor, tratando de hacer algo sublime que les valiera la aprobación de Dryden y la primacía en el fallo; sólo Lord Dorset, con la mayor calma, escribió en una cuartilla un par de líneas, y doblándola cuidadosamente, la colocó en el sombrero destinado a depósito, mientras llegaba la hora del examen.

Cuando todos hubieron terminado, el árbitro abrió las cuartillas y las empezó a leer en silencio, haciendo grandes muestras de satisfacción, aprobación y contento. La lectura de una de ellas, de la más corta, le emocionó de veras.

—Mis nobles señores—exclamó una vez terminada la lectura—. Tengo que confesar que aquí, en mi mano, poseo una hermosa colección de párrafos de exquisito estilo y admirable corrección. No hay uno que no sea una maravilla, y hacen honor a las galanas plumas que los han trazado; pero no puedo menos de dar mi preferencia a mi Lord Dorset. Pido a sus excelencias permiso para leerlo en alta voz, y creo que todos estarán de acuerdo con mi fallo.

Dryden, emocionado, se puso de pie, desdobló la cuartilla en cuestión, y, con voz temblorosa por la emoción, leyó las siguientes palabras:

"Pagaré a Juan Dryden, ó a su orden, la suma de quinientas libras esterlinas (50.000 reales). Lord Dorset."

El fallo del crítico no podía ser más acertado.

Las mujeres persas.



Una recepción en una casa aristocrática de Persia.

La principal belleza de la mujer, y de la mujer persa, particularmente, está en los ojos; ojos verdaderamente hermosos, magníficos, de mirada arrebatadora, avasalladora.

Como que en la religión mahometana las mujeres persas deben llevar el rostro cubierto y sólo se ven los ojos, el que contempla dos preciosos soles se figura que el resto de la cara está en armonía.

Estas mujeres conocen, como pocas, el arte de pintarse, y hacen verdaderos prodigios para aumentar el encanto de su cara; alargan las cejas casi hasta las sienes y vienen á unirse en negra sombra sobre el arranque de la nariz.

Algunas veces, para completar el adorno, pintan una figurita geométrica sobre la frente.

De estatura regular, la mujer persa no carece ni de elegancia ni de nobleza en el porte, y acostumbradas en los campos á llevar pesados fardos en la cabeza, adquieren gran majestad en sus andares.

La pureza del tipo persa se encuentra, como sucede con todas las razas, más puro en el campo que en la ciudad, donde las ricas señoronas parece se agotan al menor esfuerzo y con el menor trabajo.

Las muchachas son muy bonitas; tienen manos finas y sus dedos terminan en uñas bien formadas; pero, en cambio, los pies son feos, ordinarios y bastotes, y se puede decir que carecen de forma.

La mujer persa, que, en general, está dotada de hermosa cabellera negra, la echa á perder por la horrible costumbre, allí muy generalizada, de teñir el pelo de color azul ó rojizo.

Es creencia bastante general en

Persia que la mujer no tiene alma, y apenas son responsables de sus actos. El matrimonio se considera, sobre todo para la mujer, como un acto necesario.

El "Shara" ó libro sagrado, dice que el celibato es peor que la muerte; así es que es muy raro encontrar en aquel Imperio una solterona, y las muchachas se casan con hombres que podrían ser, no solamente sus padres, sino sus abuelos.

La cuestión es encontrar uno que cargue con ellas, lo que no deja de ser algo parecido á lo que sucede entre nosotros.

En estas cuestiones matrimoniales los novios no intervienen para nada, y un joven persa, hablando del casorio en su país, decía:

—Los novios, en Persia, vamos á



Mujer kurda tocando en una especie de bandurria.



Mujer persa vestida con el Chardar, sin velo.

ciegas. Es como si en la obscuridad tendiésemos la mano, sin saber lo que nos iban á dar.

Los agentes matrimoniales son unas venerables matronas que se designan con el nombre de Dallalah, ó sea indicadoras del camino. Frecuentan todas las casas y tienen amigos en todas partes. Cuando ven una muchacha bonita van á visitar á los padres de algún hombre rico, y les invitan á casa de los progenitores de la bella.

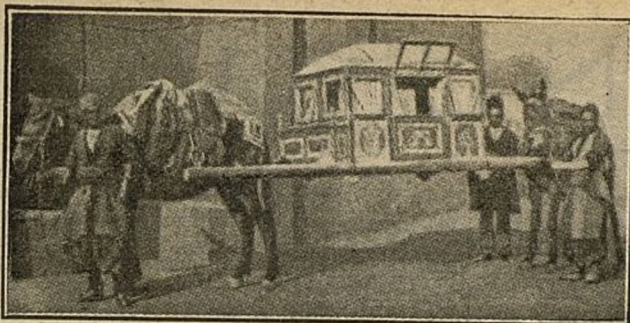
—Pasábamos por aquí, por casualidad, y al ver esta magnífica morada hemos pensado entrar un momento para descansar.

La dueña de la casa, que ya conoce la costumbre, sigue la conversación, saca dulces, prepara el té y hace venir á la niña. Si produce buena impresión en los visitantes, se hace una segunda visita, ya oficial, y se pasa á tratar de la cuestión de intereses.

Teóricamente, el novio no debe ver la cara de su futura hasta que no se haga su esposa; pero las matronas suelen llevar á su casa á la novia, donde el futuro, escondido detrás de un biombo, ve á su gusto á la mujer que se le destina, y pone el visto bueno ó malo á la elección hecha por sus padres.

El matrimonio se hace por medio de los molahs ó sacerdotes, que son los delegados de las dos partes contratantes. El novio es conducido á la parte de la casa destinada á las mujeres, donde encuentra á la que le ha sido destinada y con la que acaba de ser unido. Los criados sirven á la nueva pareja dulces y refrescos.

Durante los primeros años de vida conyugal, la mujer está bajo el



Litera persa llevada por mulas.

dominio de la suegra, que es la encargada de iniciarla en los cuidados del hogar.

Según el Corán, un marido tiene derecho á pegar á su mujer legítima como á cualquiera esclava, y si es tá descontento de su compañera, puede divorciarse, lo que logra hacer con gran facilidad, pues sólo tiene que pronunciar por tres veces delante de un testigo la fórmula árabe de "Enti tale kun", que significa: "Yo te repudio."

Una vez pronunciadas estas fatales palabras, la mujer se tapa la cara con un velo, y durante un mes permanece encerrada en sus habitaciones, y al cabo de ese tiempo deja de pertenecer á la familia.

También la mujer, por lo menos teóricamente, puede divorciarse, pero es raro, porque la mujer divorciada por su gusto pierde todo derecho á dote, pensión ó devolución.

El nacimiento de un hijo varón se considera como una gran felicidad, y el de una hija como una desgracia. Los menos pesimistas, dicen:

—¡Dios nos la envía, resignémonos!

Entre las personas de la buena sociedad está prohibido hablar de las mujeres, y cuando hay necesidad de nombrarlas se hace diciendo la Madre de Alí; la Madre de Stratino, según el nombre de sus hijos varones.

Algunas de las costumbres para castigar á las mujeres que han delinquido gravemente, son horribles.

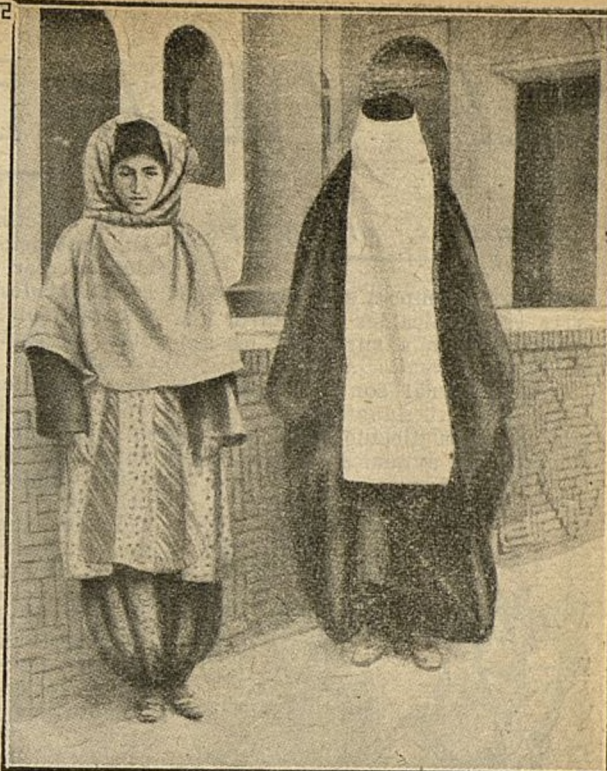
La culpable, colocada sobre un asno al revés, es decir, con la cara hacia el rabo y descubierta, que es una de las mayores injurias, cortado el pelo al rape, recorre las calles del pueblo, rodeada de músicos y danzantes, en medio de la gritería del populacho. Un verdugo vestido con roja túnica conduce á la víctima, hasta llegar á la boca de profundo pozo, donde la infeliz es arrojada viva, después de hacerla gritar:

—¡No hay más Dios que Alah, y Mahoma es su profeta!

La mujer, en las ciudades, no hace sino vegetar; comer dulces, bombones, fumar y perfumarse con exceso. No se ocupan de nada, y menos de nada que sea intelectual, y así lo explica el proverbio persa que dice: "La mujer tiene el pelo largo y la inteligencia corta."

Los viajes se hacen en litera.

Las clases elevadas usan el Tact-i-ravan, ó litera cerrada, especie de casa de muñecas, y conducidas por dos mulas. Las clases más modestas no llevan litera cerrada, sino un cajón más ó menos cómodo, con un toldo y cortinas laterales, y las clases inferiores no pueden llevar ni toldo ni cor-



Mujer guebra con la cara descubierta y mujer musulmana con el velo.

tinajes. Por último, las mujeres del campo viajan como en todas partes, como pueden, pero es muy común verlas cabalgar á horcajadas, en burros ó mulos.

Como puede verse por esta pequeña información, la mujer persa no es tan desgraciada como algunos historiadores, amigos de exagerarlo todo, lo han querido pintar.

En Persia, como en la mayoría de los países, las mujeres ricas no hacen nada, y si bien no tienen la libertad de que gozan las europeas, no la echan de menos con tal de tener dulces y bebidas agradables en abundancia, compañía con quien charlar y murmurar y cojines donde reposar. En las clases pobres, en los campos, como sucede en España, la mujer comparte con el marido el trabajo; el rudo trabajo del campo hace sudar á la mujer como al hombre, y el pan lo ganan con el sudor de ambos rostros; por eso la mujer persa del campo es más mujer que la de la ciudad; no es, como en las urbes, un objeto de lujo, es verdadera compañera, á quien el hombre consulta, y para quien tiene más miramientos y atenciones que en las ciudades.

Han dicho algunos, equivocadamente, que en Persia se consideraba á la mujer desprovista de alma, y no hay tal, pues basta recorrer el Corán para ver que, al contrario de lo afirmado, la ley de Mahoma les da, bajo el punto de vista religioso, bastantes obligaciones, si bien algunos casuistas han creído ver en algunos párrafos del Corán que no se debe atribuir á la mujer más que una semi-responsabilidad de sus actos, y que, por consiguiente, los castigos deben estar en proporción.



Grupo de músicos y cantores persas.

LA VIDA EN BROMA

Animales, protegidos.

De algún tiempo á esta parte se observa en los alcaldes de Madrid una sana tendencia á mirar por los animales y... reventar á los vecinos.

Con el actual son ya varios los presidentes del Ayuntamiento madrileño que han dictado Bandos protegiendo á los animales; pero á todos



los animales, sin ciertas distinciones y preferencias que notábamos antes, cuando los personajes se dedicaban sólo á proteger á cuatro bestias que tenían á su alrededor.

Hoy el lema de ellos es más amplio y general. Parodiando aquella célebre frase del Señor:

“¡Dejad que los niños se acerquen á mí!”

cabía sintetizar en un verso igual esta nobilísima y simpática inclinación á crear buenos instintos en las colectividades, pero sustituyendo, naturalmente, la palabra niños por otra que está en la mente de todos.

Claro que esa protección y esos buenos oficios en favor de los animales, no rezan con todos los de la creación, ni siquiera con todos los domésticos porque, en ese caso, tendríamos que declararnos también protectores de las cucarachas y de los zánganos que dicen groserías á las mujeres; pero, en cambio, abarca á todos los que son útiles é inofensivos, como el caballo, el perro, los pájaros y los niños mal educados.

Parece una tontería, pero esa disposición favorece en general á todos los seres de la creación, desde el hombre que tiene asuntos en ciertas oficinas, y que es tratado como una caballería, hasta los pencos de los coches de punto, que son en realidad, los más necesitados de la protección oficial.

De modo que es posible que, en lo sucesivo, pueda uno acercarse á un negociado á gestionar un asunto.

También es digno de aplauso el interés de la autoridad municipal en preservar de insolaciones á los caballos, á cuyo efecto ha ordenado que se les dote de un sombrerito de palma ó paja, como cualquier hijo de vecino, y, á ser posible, de un abanico para que se abanique en las paradas.

Sin embargo, yo tengo para mí que un caballo agradecería más que se dotara al cochero de una fusta de palma y que se suavizaran las pendientes. ¡Cada uno entiende la caridad á su manera!...

Así como las mulas de tiro estarían más contentas con que, en vez de quitarlas el sol con una sombrilla, las quitaran unas cuantas toneladas del carro que arrastran.

Además, si se interrogara al caballo sobre eso del sombrero de palma, quizá preferiera que su importe se lo dieran en paja y cebada, que es lo que más refresca ahora. Porque muchos de ellos ven la paja en el ojo



ajeno, y no la ven en el pesebre propio.

Bien está, pues, la protección á los animales, pero ¿por qué no protegen las autoridades á los vecinos también, suprimiendo el inquilinato, mejorando el agua y abaratando las subsistencias?...

Porque si no habrá que empadronarse en concepto de perro.

F. ROIG BATALLER.

Los cupones de la Prensa.

A un amigo que va tras de aprovechar ocasiones y de saber qué cupones Le pueden convenir más.

Mi buen Federico Herrera: A ti y á mí y á cualquiera llena de cavilaciones todo eso de los cupones que ofrece la Prensa entera.

Porque ya algunos papeles, no sabiendo lo que hacer, para triunfar y vencer, regalan también hoteles... ¡que, amigo, ya es ofrecer!...

Peró no por eso infieras que la Prensa en general es poderosa, ¡no tal!

¡Ay, chico!, si tú supieras lo que tira cada cual!...

Lo que hay es que á todo el mundo, yo no sé por qué razón, ¡hasta en esto del cupón!... les domina el infecundo afán de la imitación.

Debes, pues, desengañarte, pues la Prensa aquí no es rica, y si así se sacrifica es con el fin de sacarte, como á mí, la perra chica.

Esa es la pura verdad, dicha en forma breve y franca, de esa prodigalidad que ves en la actualidad en la famosa palanca.

Y en cuanto á los sueldos, digo igual que de la tirada. ¡Se exagera mucho, amigo!... Y hay rotativos de abrigo que no pagan casi nada!

Que compres, pues, te aconsejo el que te inspire más fe,

ya sea joven ó viejo, y, dentro de este consejo, el que más cosas te dé.

Pero, suscribirte, no te suscribas á ninguno, ¡ni Cristo que lo fundó! porque va á tirarse uno, gratis, que dirijo yo.

No cometas ese yerro, porque, al fin, te va á pesar, pues pensamos regalar cheques del Banco, y un ferrocarril próximo á explotar.

Y cada mes he pensado dar, como rifa ordinaria, un empleo del Estado, un acta de diputado y una viuda millonaria.

¡A ver si hay Empresa ó Cresco, que luchar conmigo pueda!... Necesita para eso regalar con el impreso ¡la Casa de la Moneda!!

PIO GRACO

EN BUSCA DE MARIDO



Recorriendo un periódico, leyó la viuda un día
Una noticia absurda. Aquel papel decía:

"A la playa de Ostende, á pasar la estación,
Ha llegado la Viuda llamando la atención.

Por sus trajes, su tipo, su blonda cabellera,
Por su gran distinción, de los bañistas era
La dama preferida, la elegante de moda;
Para ella era el aplauso y la admiración toda."

Indignada la viuda, sin perder una hora
Toma el exprés de Ostende. "Verá á la embaucadora,
Ladrona de renombre y de fama mundial,
que, como dé con ella, lo ha de pasar muy mal."

Y en presencia de todos, en la playa, en el mar,
Donde quiera que sea, bien sabré demostrar

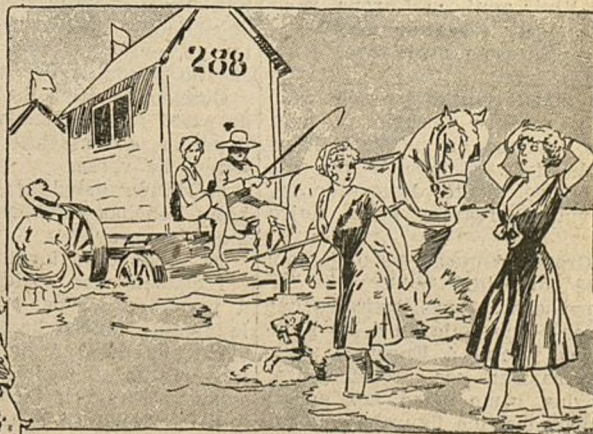
Que es una Viuda falsa; viudita de camama,
Que ha usurpado mi nombre; que ha usurpado mi fama.

Llega á Ostende; la encuentra, y se queda asombrada.
Cosa más parecida no se puede dar nada.
¡Parece su retrato! A ella en todo es igual.
Pelo, trajes, andares. ¡Es sobrenatural!

La gente queda absorta; no es sólo una viudita.
¡Son dos! ¡Cosa más rara! ¡Cosa más inaudita!
A la hora del baño las dos van á la mar.
Cerca las dos se bañan y empiezan á nadar.

Mas la Viuda verdad nota, con extrañeza,
Que la otra no quiere mojarse la cabeza.

—Eso es que estás pintada, y que tu cabellera—
Le dice—es toda falsa; verás lo que te espera.



La verdadera Viuda, al llegar una ola,
Finge que se resbala; de la otra, que está sola,
Se agarra, y de un fuerte empujón,
La mete bajo el agua y la da un chapuzón.

Aparecen las dos; la una desteñida,
Con chorretes rojizos; la otra, la no fingida,
Enseñando en la mano postizo peluquín
De la falsa, y exclama: "Estoy vengada al fin."

Ayuntamiento de Madrid

FERS.

EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

—Mil gracias; es usted muy amable.

La muchacha sonó el timbre, y al aparecer el criado, le dijo:

—Traiga el té de China, no muy cargado, con limón y con azúcar. Y, volviéndose al príncipe, preguntó sonriendo:

—¿No es así como á usted le gusta?

—Mi querida señorita—contestó el príncipe—, me mima usted demasiado. ¿Será, acaso, porque me voy? Cuando uno se despide, todo el mundo se excede en su cariño.

La joven le miró con asombro.

—¿Cómo?—exclamó—. ¿Se va usted? ¿Cuándo? ¿Y á dónde? ¿Al Japón?

—Sí, señorita, al Japón, á mi país, y dentro de dos ó tres semanas, á lo sumo.

—Pero antes de eso, irá usted á Devenham. ¿No es así?

—Sí, por cierto; antes de embarcar iré á Devenham, y precisamente venía para decir á su papá el día en que podría ir á ver á ustedes. Le prometí que hoy le traería la contestación. Me dijo que sería un día propicio jueves ó viernes. El jueves me conviene más.

La joven dió un suspiro y preguntó nuevamente:

—¿De modo, que se vuelve usted á su país? No comprendo por qué; pero todo el mundo se había creído que se casaría usted en Inglaterra, y se establecería definitivamente aquí. Yo también me había hecho esa ilusión.

El japonés se sonrió.

—Yo no soy, mi querida señorita—replicó—lo que llaman ustedes un cosmopolita. Vivir aquí, en Europa, y en general en los países de Occidente, me haría un efecto muy raro, como cambiar de Patria.

Cuanto más orientales somos, más nos gusta nuestro terruño, y más aferrados estamos en nuestras ideas y modo de vivir. El japonés que sale del Japón, se siente desterrado, y, cuando vuelve, regresa á su único hogar.

Lady Grace se quedó perpleja, sin saber qué contestar.

—Yo pensaba... pues pensaba que los japoneses que emigran á los Estados Unidos, y aun á Europa... ésos, sí... ésos sentían eso precisamente; pero los que, como usted, son educados é ilustrados, me figuraba que encontrarían por aquí más atractivos que en Asia, y que les sería fácil establecerse en Europa.

El príncipe sacudió la cabeza.

—No crea usted así, lady Grace... Nuestras viejas tradiciones de raza, el amor al terruño, el grito de la sangre, llamémosle así, lo sienten todos los japoneses, lo mismo la nobleza que el pueblo.

Por estos países de Europa encontramos muchas cosas que admiramos, que nos maravillan, muchas cosas que sin querer comprendemos que debemos implantar en nuestro país; pero, créame usted, fuera del Japón nos encontramos en una atmósfera que no nos sienta, estamos como gallinas en corral ajeno, como el pez fuera del agua. Para los japoneses no hay otro lugar posible donde vivir que en la madre Patria.

—Y, sin embargo—replicó la inglesa—, usted parecía aquí muy contento. Se había usted amoldado muy bien á nuestras costumbres.

—Yo vine aquí, mi querida amiga—dijo el príncipe gravemente—con el objeto de estudiar y observar ciertos rasgos de la vida europea, y le aseguro que he notado el esfuerzo que me costaba, la nostalgia y el desaliento. Me he sentido cansado, sacrificado. Estos países y en especial esta Inglaterra, es para algunos lo que podemos llamar una verdadera Jauja.

Una gran parte de la vida se dedica aquí á cosas que nosotros no entendemos: á deportes, á juegos y diversiones de varias especies que se separan mucho del concepto que nosotros tenemos del trabajo. En mi país tenemos muy pocas diversiones. De una forma ú otra, puedo decirle que en el Japón, desde el Emperador al último peón, todos trabajan.

—¿Y al regresar—preguntó ella—, no sentirá dejar nada por aquí?

—Sí, que lo sentiré. Sentiré dejar los amigos, los muy buenos amigos que aquí he hecho, que tan bien me han tratado, que han sido conmigo mejores de lo que yo merezco. La vida es una peregrinación, y uno no debiera encariñarse con ciertos puntos, ciertas personas y ciertas cosas, que quizás no pueda volver á ver jamás.

Cuando yo salga de aquí, sé que he de pasar muchos ratos amargos acordándome de mucha gente á quien quiero de veras.

—Cuando usted se vaya, príncipe, habrá muchas personas que lo sientan muy de veras.

El japonés se levantó.

Llegaban más visitas. Tomó el té á pequeños sorbos, y se despidió de la amable muchacha.

Cuando llegó á su casa, subió el mayordomo á recibirle y le dirigió unas palabras en japonés.

El príncipe se sonrió.

—Voy á verle—dijo—. Voy en seguida.

CAPITULO XXV

El prisionero.

El doctor Spencer Whiles estaba sentado en cómodo butacón, fumando un exquisito veguero, y tenía un montón de periódicos sobre la mesa.

Por su aspecto se veía que no lo pasaba del todo mal, y, sin embargo, á pesar de tanta comodidad, estaba perplejo, casi molesto, y la causa de todo ello la tenía allí enfrente de él, en aquel montón de periódicos que acababa de recorrer.

El príncipe, sin hacer ruido, abrió suavemente la puerta, que cerró cuidadosamente.

—Muy buenas tardes, mi querido amigo—dijo al doctor—. Me acaban de decir que deseaba usted hablar conmigo.

El doctor se había propuesto adoptar una actitud seria y grave. Sin embargo, la cortesía, la amabilidad del príncipe hicieron en él la misma impresión que hacía en todo el mundo. Se sintió vencido. Púsose de pie, hizo una reverencia y murmuró unas frases de excusa.

—Sentiría mucho—dijo—molestarle, príncipe; pero deseaba hablar con usted unos minutos sobre una cosa que he leído en los periódicos locales.

Hizo la indicación con el dedo, y el príncipe lentamente repitió con la cabeza el signo afirmativo.

—Esta Prensa europea es el mismísimo demonio—exclamó—. ¡De cuantísimas cosas es responsable! Bueno, querido doctor; usted dirá qué es lo que ha visto en los dichos periódicos.

El médico cogió un periódico cuidadosamente doblado, donde había unas líneas marcadas con lápiz, y se lo alargó al príncipe, diciéndole:

—Tenga la bondad en molestarse leyendo esas líneas.

El príncipe lo cogió y leyó el párrafo; después dejó tranquilamente el periódico sobre la mesa y exclamó sonriendo:

—Bueno y ¿qué? Esto está más claro que el agua. Hay una persona que ofrece trescientos duros á la persona que diga dónde está usted.

—Sí, señor—replicó el doctor, dando golpecitos con el dedo en el párrafo señalado—. ¡Trescientos duros! ¡Trescientos duros!—repetía—. No hay en el mundo nadie que dé trescientos pesos por saber donde yo estoy. A nadie le importa mi paradero si no es á...

—¿A quién?—preguntó el príncipe.

—Al inspector Jacks—replicó el médico.

El príncipe parecía que no comprendía bien la situación.

—Bueno, bueno. Trescientos pesos no es ninguna fortuna. Alguna persona desconocida, quizás el inspector Jacks, como usted dice, está dispuesto a dar 300 pesos por descubrir el paradero de usted; pero, por otro lado, yo le doy a usted seis mil duros porque no salga de aquí. Me parece que entre los dos extremos no cabe comparación. ¿No le parece a usted?

—Poniéndolo de esa manera—exclamó el doctor Whiles—no cabe duda; pero hay otra cosa distinta, que se me ha ocurrido

El príncipe, siempre risueño, replicó:

—A ver, a ver; sea claro conmigo. Hábleme con confianza, mi querido doctor; dígame todo lo que piensa.

—Pues bien, se lo diré todo y como lo desea. Ya comprenderá usted que, estando como estoy aquí, sin hacer nada, tengo que pensar en muchas cosas.

Por de pronto, he pensado durante muchas horas en lo que quería de mí el inspector Jacks, cuando vino a preguntarme por la persona a quien yo curé de las heridas recibidas cierta noche, hace algún tiempo en un accidente de automóvil, y por qué me trajo a Londres a comer, para ver si yo podía identificar cierta persona, vestida con muy diferente atavío del que tenía en la noche de marras. Pensando en todo esto, he querido sacar en limpio lo que todo eso significa.

—Pues, amigo doctor, con tanto tiempo a su disposición—observó el príncipe—con seguridad que habrá usted llegado a alguna conclusión lógica.

—Yo no sé si es ó no es lógica la consecuencia que he sacado, y precisamente esa consecuencia es la que me pone nervioso y me trae a mal traer.

Hay dos cosas que no se me quitan de la cabeza. Una de ellas es que no puedo imaginarme el por qué andaba usted en bicicleta a unos cuatro kilómetros de Londres, entre las once y las doce de la noche; y la otra es que á ochocientos metros de mi casa pasa la vía férrea de la línea de Liverpool.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?—preguntó el japonés.

—Muchísimo, porque aquella misma noche—replicó el médico—y media hora antes de que le ocurriera aquel accidente de la... bicicleta—diremos así, si le parece—un tren especial de Liverpool a Londres pasó por allí. Usted se acordará del trágico suceso que ocurrió en el tren, poco antes de llegar á Londres; el asesinato de un tal Hamilton Fynes. Si usted ha leído los periódicos y lo que de ese asunto se ha hablado, se

acordará de la declaración del maquinista del tren, que dijo que en todo el trayecto, en el único punto que disminuyó la velocidad fué al pasar el viaducto y antes de entrar en el túnel que queda cerca de mi casa.

—Es muy interesante eso que me cuenta, amigo mío; pero no es nada nuevo. Todo eso lo sabíamos hace tiempo. Pero quizás todo eso haya servido para que se le ocurra algo nuevo. Venga, venga, hable con claridad. Soy todo oídos.

—Pues le he dado mil vueltas á todo esto, y créame usted que me tiene disgustado, pues creo adivinar por qué el inspector Jacks vino á buscar

—No sospechas. Estoy convencido. Tiene usted más razón que un santo, y soy de su mismísimo parecer. Estoy seguro que desde hace poco tiempo el inspector Jacks tiene esa idea metida en la cabeza.

El doctor se sentía tan incómodo como si estuviera sentado en alfileres, y miraba asombrado á aquel hombre que con tanta calma hablaba de tan terrible asunto.

—Sí—dijo el príncipe—; yo también he pensado en ello muchas veces. Mi presencia en aquel sitio y en aquella hora, herido y maltrecho... Fué una desgracia.

—¿De manera, que es por eso por lo que he sido nombrado médico de esta casa?—preguntó el doctor con voz ronca.

—Yo creía, mi querido doctor, que usted ya se había dado cuenta de eso. ¿De manera que ahora salimos con esas!—dijo el príncipe con suavidad y en tono de broma—. Además hay ciertas cosas que se le ocurren al menos lince. Aun los príncipes como yo no dan seis mil duros por nada. Eso es fácil comprender.

El médico se puso de pie y exclamó, señalándole con el dedo:

—¿Usted sabe el secreto de ese asesinato?

—¿Por qué me lo pregunta usted? Si yo le digo que sí—contestó el príncipe—tendría usted escrúpulos de conciencia y no le gustaría continuar aquí; de manera, que lo mejor es que no se ocupe de eso, y piense en otras cosas, sin tratar de descubrir nada.

El médico estaba un poco intranquilo.

Se quedó pensativo, y al cabo de un momento, exclamó:

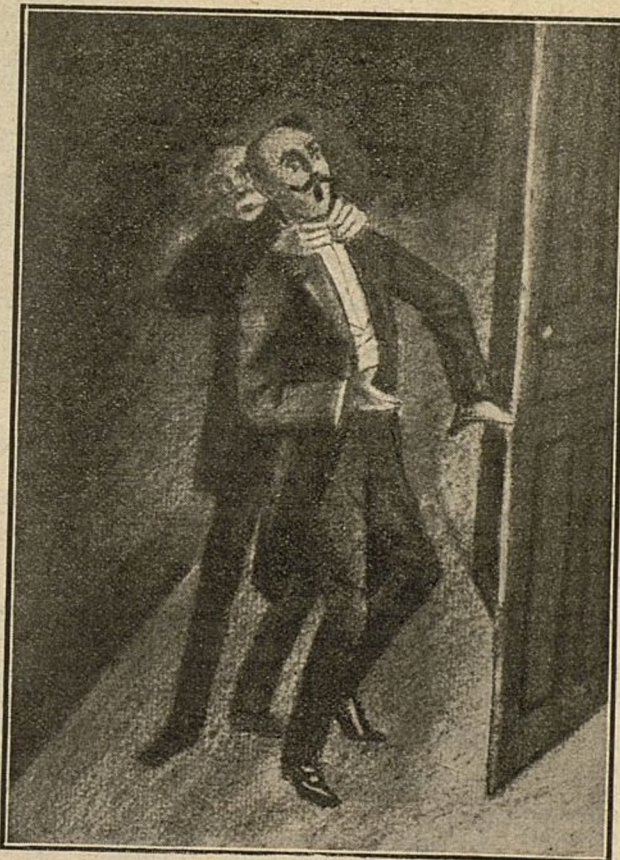
—Si usted, príncipe, estuviera mezclado en ese crimen, y yo continuara en la casa esta, sería su cómplice.

—Sí, si usted se quedara aquí voluntariamente, sí que sería mi cómplice—dijo el príncipe en tono de broma.

El médico se paseó intranquilo de un lado á otro de la estancia, y de repente, se paró diciendo:

—Bueno, supongamos que renuncio á continuar aquí. Supongamos que yo, convencido de su complicidad en ese asesinato, renuncio á su oferta, que no quiero en absoluto trato alguno con usted; que renuncio á los seis mil duros, y que quiero irme inmediatamente de esta casa.

—Puesto que habla usted de esa manera—dijo el príncipe—, he de decirle, mi querido amigo, que todas sus suposiciones, todos sus deseos, se los puede guardar, y que, obligado á decirle la verdad, ha de saber que en estos cuartos está usted prisionero y tan bien guardado como en la mejor



me, y supongo, es más, estoy casi seguro de lo que pensaba del hombre de la bicicleta en el asunto ese de que hemos hablado.

—El inspector Jacks—dijo el japonés—es un hombre muy vivo. No me chocaría nada que tuviera usted razón, completísima razón, en lo que piensa.

El médico se removió en la butaca intranquilo, como si tuviera azogue. Miraba á su interlocutor con la vista fija, como si estuviese fascinado por la mirada del príncipe.

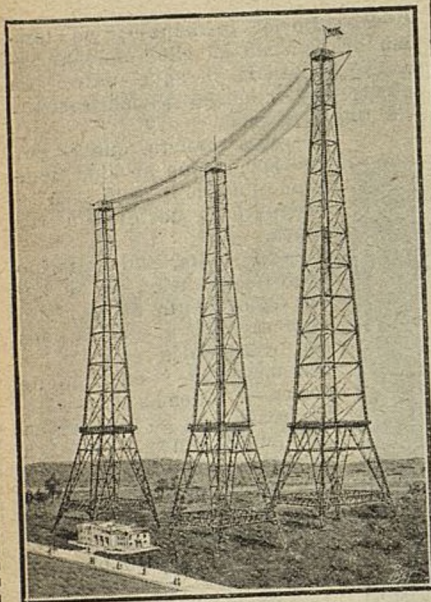
Por fin, se decidió á hablar y preguntó:

—¿Y no se da usted cuenta de que Jacks le persigue á usted, de que, con razón ó sin ella, la Policía le cree á usted complicado en el asesinato del tren especial?

El príncipe hizo tranquilamente varios signos de aprobación con la cabeza, y sin dar señal alguna de alarma, replicó:

COSAS RARAS Y NUEVAS

El Almirantazgo de los Estados Unidos ha aprobado un plan gigan-



LAS ANTENAS DE ARLINGTON

tesco de radiotelegrafía. Las estaciones proyectadas cubrirán con sus ondas una zona inmensa, que comprenderá China, Australia, el Pacífico, América del Norte, Central y parte septentrional de la América del Sur, y el Atlántico hasta cerca de las costas africanas.

Se considera que, para poner en práctica el proyecto, se gastarán de cinco á seis millones de pesetas.

La primera estación del proyecto magno está ya en construcción, en el pueblo de Arlington, cerca de Washington, la capital de los Estados Unidos.

Las otras estaciones estarán en Panamá, San Francisco de California, islas Hawai, islas Samoa, y Luzón, en las Filipinas.

Cada una de estas estaciones tendrá un radio de acción de más de 500 kilómetros.

La estación de Arlington tendrá el aspecto que se ve en nuestro grabado. Tres antenas de acero coronando el vértice de un triángulo icórcelos. La torre más alta tendrá 195 metros, y las otras dos, iguales en altura, 135 metros.

La producción de la corriente necesaria para suministrar las ondas, será asegurada por un grupo de 100 kilovatios.

Los transparentes verdes cuando por el tiempo y el uso han perdido el color, lo vuelven á adquirir cepillándoles con un cepillo impregnado en aceite de linaza.

Para los que no quieran usar navajas de afeitar, y para las personas que quieran hacer desaparecer el vello de los brazos ó de la cara, damos la siguiente receta, para hacer polvos depilatorios:

POLVOS DEPI-LATORIOS.

Almidón	100 grs.
Cal viva	100 "
Monosulfuro de sodio.....	20 "

Se hace la mezcla, pulverizando separadamente cada una de las materias, y después de bien mezclado el todo, se conservan en frascos bien cerrados, hasta el momento de emplearlos.

Para ello, se toma una pequeña cantidad de polvo con una cuchara ó espátula de madera, y en un vaso ó platillo se mezcla con agua, hasta que forme una pasta de la consistencia de la crema. Se aplica la mezcla sobre los lugares que se quieren depilar, y al cabo de cinco minutos, que ya estará seca, se quita con la espátula, como si se afeitase, y después se lava con agua ordinaria la superficie del cuerpo depilado.

La curiosa planta que reproduce nuestro grabado se encuentra con bastante frecuencia en los estanques y lagunas de Europa y tiene una rara configuración para coger animalitos acuáticos y nutrirse con ellos.

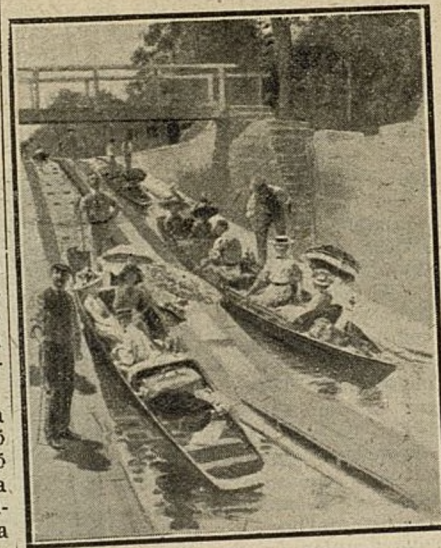
PLANTA CARNIVORA

La bulba, en forma esférica, viene á tener medio centímetro de diámetro y en la abertura tiene una trampa ó válvula que permite la entrada del insecto imposibilitando la salida.



Los insectos al ingresar en la prisión son muertos por la bulba, donde se pudren y son absorbidos, sirviendo así de alimento á la planta.

Una de las novedades más interesantes que se ven este verano en los



TRANSPORTA LANCHAS

canales ingleses, donde tantas regatas y paseos en bote se celebran, es la esclusa de Boulter, recientemente inaugurada por Lord Desborough.

En esa esclusa hay una plataforma para transportar botes á diferente nivel, y consiste en una especie de escalera rotativa hecha de madera, con escalones salientes, que enganchan en los botes.

Movida por la electricidad, está en constante movimiento, y los botes, lanchas y esquifes pasan velozmente de un nivel al otro.

Es, como podrá comprenderse por nuestro grabado, una cadena sinfín que marcha en dos direcciones distintas para las embarcaciones que suben ó bajan la corriente.

El traslado sólo dura un minuto de tiempo.

Los artífices de la falsificación han aguzado su ingenio en todo tiempo para obtener buenos resultados en sus mixtificaciones.

CERA FALSIFICADA

En un fragmento de cera, sumamente olorosa, procedente de un antiguo sello del siglo XV, se ha podido comprobar que en su fabricación se había empleado una buena cantidad de assafétida, para hacer resaltar el olor natural de la cera, de la misma manera que hoy se emplean el indol y el escatol en perfumería.